

porque un hombre que luchó tan largo tiempo contra todos los partidos con un valor fuerte é inflexible, sin proporcionarse ningun partido á sí mismo, debia ser objeto del odio y de las persecuciones de todos los ambiciosos y de todos los intrigantes. Cuando quieren principiar un sistema de opresion, su primer pensamiento debe ser separar este hombre. Sin duda que otros ciudadanos han defendido mejor que yo los derechos del pueblo; pero yo soy el que puede gloriarse de tener más enemigos y haber sufrido más persecuciones.» «¡Robespierre,—gritan por todas partes,—dinos sencillamente si has aspirado á la dictadura ó al triunvirato!» Robespierre se indigna de los cortos limites que prescriben á su defensa. La Convencion murmura, y con su poca atencion manifiesta su cansancio. «¡Abrevia, abrevia!»—gritan á Robespierre de todos los bancos. «No abreviaré,—replica;—os recuerdo vuestra dignidad; invoco la justicia de la mayoría de la Convencion contra ciertos miembros que son mis enemigos...» «Aquí hay unidad de patriotismo, y no es por odio por lo que se te interrumpe»,—le responde Cambon. Ducos pide que, en interes de los mismos acusadores, se oiga al acusado con atencion.

Robespierre continúa en medio de las risas y de los sarcasmos: «Que aquellos que me responden con risotadas y con murmullos se constituyan en tribunal, y pronuncien mi sentencia. Ese será el dia más glorioso de mi vida. ¡Ah! ¡Si yo hubiese sido hombre capaz de unirme á uno de esos partidos, si yo hubiese transigido con mi conciencia, no sufriria ni estos insultos ni estas persecuciones! Paris es la arena donde yo he sostenido esos combates contra mis enemigos y contra los enemigos del pueblo. No es, por consiguiente, en Paris en donde se puede desnaturalizar mi conducta, porque aquí tiene al pueblo por testigo. Pero no sucede lo mismo en los departamentos. Diputados de los departamentos, os lo pido en nombre de la causa pública, desengañaos y escuchadme con imparcialidad. Si la calumnia sin respuesta es la más temible de las prevenciones contra un ciudadano, es tambien la más perjudicial á la patria. Me han acusado de haber tenido conferencias con la reina, con la Lamballe; me han hecho responsable de las frases irreflexivas de un hombre patriota exagerado (Marat) que pedia que la nacion se confiase á hombres cuya incorruptibilidad se hubiese probado durante tres años. Despues de la apertura de la Convencion, y aún ántes, se renuevan estas acusaciones. Se quiere perder en la opinion pública á los ciudadanos que han jurado inmolar á todos los partidos. Se sospecha que aspiramos á la dictadura, y nosotros sospechamos del pensamiento de hacer de la república francesa un conjunto de repúblicas federativas, que serian sin cesar la presa de los furiosos civiles ó de nuestros enemigos. Vamos al fondo de estas sospechas. Que no se contenten con calumniar, que se acuse, y se firmen acusaciones contra mí.»

## IX

El impaciente Barbaroux se levanta con la impetuosidad de la juventud. «Barbaroux, de Marsella, se presenta—dice mirando á Robespierre cara á cara—para firmar la denuncia... Estábamos en Paris, acabábamos de derribar el trono con los marseleses, se nos buscaba por todos los partidos, como árbitros del poder, y nos condujeron á casa de Robespierre. Allí nos designaron este hombre como el

ciudadano más virtuoso, el único digno de gobernar la república. Respondimos que los marseleses jamás bajarían la frente ante un dictador. (*Aplausos*). Hé ahí lo que yo firmaré, y que yo desafío á Robespierre que desmienta. ¡Y se atreven á decirnos que el proyecto de dictadura no existe! ¡Y una municipalidad desorganizada se atreve á lanzar mandamientos de prision contra un ministro, contra Roland, que pertenece enteramente á la república! ¡Y esta municipalidad se coliga por correspondencias y por comisionados con todas las demas municipalidades de la república! ¡Y no se quiere que todos los ciudadanos de todos los departamentos se reúnan para proteger la independencia de la Representacion nacional! Ciudadanos, se reunirán y formarán una muralla con sus cuerpos. Marsella previno vuestros decretos, y ya está en movimiento; sus hijos marchan: si deben ser vencidos, si nosotros debemos ser bloqueados aquí por nuestros enemigos, declarad de antemano que nuestros suplentes deben reunirse en una ciudad designada, y nosotros moriremos aquí. En cuanto á la acusacion que hice contra Robespierre, declaro que yo estimaba á Robespierre, que le queria. Que reconozca su falta, y retire mi acusacion; pero que no hable de calumnia. Si él ha servido á la libertad con sus escritos, nosotros la hemos defendido con nuestros brazos. Ciudadanos, cuando llegue el momento del peligro, entónces nos juzgareis. Verémos si los forjadores de noticias sabrán morir con nosotros.»

Esta despreciadora alusion á Robespierre y á Marat fué acogida con estrepitosos aplausos.

Cambon, de Montpellier, alma recta y fogosa que se lanzaba con toda la energia de sus convicciones al lado donde veia la justicia, sostuvo á Barbaroux. Señaló los escándalos de usurpacion de poder que se habia permitido la municipalidad de Paris. «Se nos quiere dar el régimen municipio de Roma—exclamó.—Yo digo que los diputados del Mediodía quieren la unidad republicana.» Este grito de patriotismo fué repetido como la voz de orden de la nacion en todos los puntos del salón. «¡La unidad la queremos todos, todos, todos!»

Panis, el amigo de Robespierre, quiso replicar á Barbaroux. Refirió que sus entrevistas con los jefes marseleses no habian tenido otro objeto que el de preparar el sitio de las Tullerías. «Presidente,—dijo á Petion,—vos estábais entónces en el ayuntamiento. Os acordareis que yo dije algunos dias ántes del 10 de Agosto: «Es necesario purgar el palacio de los conjurados que hay dentro; no tenemos otro medio de salvarnos que una santa insurreccion». No quisísteis creerme. Me respondísteis que el partido aristocrático estaba abatido, y que nada habia que temer de él. Me separé de vos, y formamos un comité secreto. Un jóven marseles, lleno de patriotismo, vino á pedirnos cartuchos, y nosotros no podíamos dárselos sin vuestra firma, que no nos atrevimos á pedirlos porque teniais demasiada confianza. Entónces el jóven se puso la pistola en la garganta, y dijo: «Me suicido si no me dais los medios de defender mi patria». Aquel jóven nos hizo llorar, y firmamos. Por lo que hace á Barbaroux, juro que jamás le he hablado de dictadura. ¿Cuáles son sus testigos?» «Yo»,—responde Rebecqui. «Vos sois el amigo de Barbaroux, y yo os recuso. Por lo que hace á las operaciones del comité, estoy pronto á justificarlas.» «¿Por qué razon—le pregunta Brissot indignado—habeis dado un decreto de arresto contra un diputado? ¿No era para hacerle inmolar con los prisioneros de la Abadía?» «Os hemos salvado y nos calumniáis,—replica Panis.—

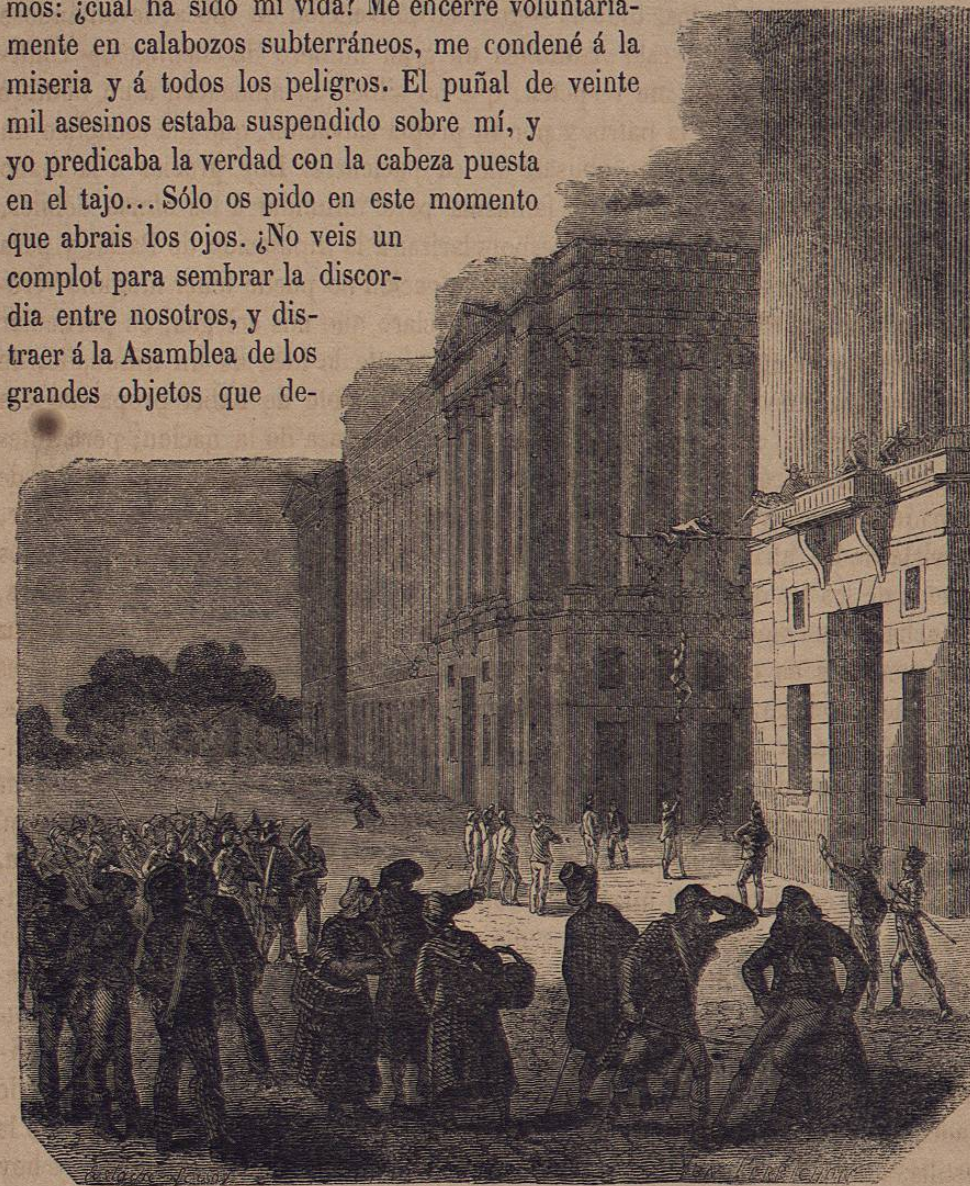
Se recuerdan bastante las terribles circunstancias en que nos hallábamos. Nos veíamos rodeados de ciudadanos irritados con las traiciones de la corte, y nos gritaban: «Ahí teneis á un aristócrata que se pone en salvo; es preciso detenerle, ó vosotros sois tambien traidores». Por ejemplo, muchos buenos ciudadanos vinieron á decirnos que Brissot marchaba para Lóndres con pruebas escritas de sus maquinaciones. Yo no creía aquella inculpacion; pero la afirmaban honrados ciudadanos que el mismo Brissot reconocía como tales. Envié á su casa comisionados con el encargo de pedirle fraternalmente franquease sus papeles. Sí, nosotros hemos ilegalmente salvado la patria.»

Marat pide á su vez ser oido. El nombre, el aspecto y la voz de Marat suscitaron un murmullo de disgusto, y los gritos de *¡Abajo de la tribuna!* cierran por algun tiempo la boca al *amigo del pueblo*. Lacroix reclama silencio hasta para Marat. La curiosidad más bien que la justicia le obtiene de la Asamblea.

«Tengo en esta Asamblea—empieza diciendo Marat—un gran número de enemigos personales.» «¡Todos, todos!»—grita la Convencion en masa, levantándose de sus bancos. «Tengo en esta Asamblea un gran número de enemigos,—continúa Marat.—Yo les ruego me respeten, que no silben ni amenacen á un hombre que se ha sacrificado por la patria y por su propia salvacion, que me escuchen un momento en silencio, pues no abusaré de su paciencia. Doy gracias á la mano oculta que arrojó entre nosotros un fantasma para intimidar á las almas débiles, para dividir á los ciudadanos, para despopularizar á la diputacion de Paris, y para acusarla de que aspira al tribunado. Tal inculpacion no puede tener ninguna verosimilitud sino aplicándose á mí. Pues bien, declaro que mis colegas, en particular Robespierre y Danton, desaprobaban constantemente la idea de un tribunado, de un triunvirato y de una dictadura. Si alguno es culpable de haber propalado esa idea en el público, soy yo. Llamo sobre mí la venganza de la nacion; pero antes de hacer caer sobre mi cabeza el oprobio ó la cuchilla, escuchadme. En medio de las maquinaciones y de las traiciones en que la patria se hallaba envuelta sin cesar, á la vista de los atroces complots de una corte pérfida, á la vista de los manejos secretos de los traidores encerrados en el mismo seno de la Asamblea legislativa, ¿me achacareis como un crimen el haber propuesto el único medio que creía capaz de contenernos en el borde del abismo siempre abierto? Cuando las autoridades constituidas servian sólo para encadenar la libertad, para proteger los complots, para degollar á los patriotas con el arma de la ley, ¿me achacareis como un crimen haber llamado contra los traidores el hacha vengadora del pueblo? No: si me lo imputáseis como un crimen, el pueblo os desmentiría, porque obedeciendo á mi voz, conoció que el medio que yo proponía era el único que podia salvar la patria, y convertido en dictador él mismo, ha sabido desembarazarse tan sólo de los traidores. Yo mismo me estremecí de los movimientos impetuosos y desordenados del pueblo cuando los vi prolongarse, y para que estos movimientos no fuesen eternamente vanos y ciegos, pedí que el pueblo nombrase un honrado ciudadano, prudente, justo y firme, conocido por su ferviente amor á la libertad, para que dirigiese sus actos y les hiciese servir á la salud pública. Si el pueblo hubiese podido conocer la rectitud de esta medida y adoptarla al dia siguiente de la toma de la Bastilla, hubiera hecho caer á mi voz quinientas cabezas de maquinadores, y hoy todo estaria tranquilo; los traidores habrian temblado, y la libertad y la justicia

estarian establecidas en el imperio. Esta es la razon por qué muchas veces he propuesto dar la autoridad momentánea á un hombre prudente y fuerte, con la denominacion de tribuno del pueblo, de dictador, el nombre poco importa; pero la prueba de que yo queria encadenarle á la patria, es que proponia que se le pusiese un grillete al pié, y que sólo tuviese autoridad para hacer caer cabezas criminales. Tal es mi opinion: no me avergüenzo de ella, y he puesto ahí mi nombre. Si aún no sois capaces de comprenderme, tanto peor para vosotros. Los tumultos aún no han concluido; cien mil patriotas han sido degollados ya porque no se ha oido mi voz, y aún lo serán otros cien mil. Si el pueblo desmaya, la anarquía no tendrá fin. Me acusan de miras ambiciosas. Vedme y juzgadme.» Y señaló con el dedo el pañuelo sucio que cubria su enferma cabeza, y sacudió las solapas rotas de su chaqueta, enseñando su pecho desnudo.

«Si hubiese querido—continuó—poner un precio á mi silencio, si hubiese querido algun destino, hubiera podido ser el objeto de los favores de la corte. Veamos: ¿cuál ha sido mi vida? Me encerré voluntariamente en calabozos subterráneos, me condené á la miseria y á todos los peligros. El puñal de veinte mil asesinos estaba suspendido sobre mí, y yo predicaba la verdad con la cabeza puesta en el tajo... Sólo os pido en este momento que abrais los ojos. ¿No veis un complot para sembrar la discordia entre nosotros, y distraer á la Asamblea de los grandes objetos que de-



Robo del Guardamuebles.—Pág. 132.

ben ocuparla? Que aquellos que han hecho revivir hoy el fantasma de la dictadura se reunan á mí, y que marchen con los verdaderos patriotas á tomar las grandes y únicas medidas capaces de asegurar la felicidad del pueblo, por la que yo sacrificaré todos los días de mi vida.»

## X

Seguió á este discurso un silencio pavoroso. Marat, superior aquel día en audacia á Danton, y sobre todo á Robespierre, habia dominado á sus dos rivales y admirado á la Convencion. Sólo contra todos, se atrevió á hablar como un tribuno que se entrega á los puñales de una asamblea de patricios, seguro de que el pueblo está á la puerta para defenderle ó para vengarle. Sus palabras destilaban la sangre del 2 de Setiembre, y pedía un verdugo nacional por toda institucion. El crimen en su boca tenia tal magnitud, el furor en su alma se asemejaba tanto á la sangre fria de un hombre de Estado, que era peligroso y cobarde dejar una Asamblea, en su principio, flotante entre el horror y la admiracion, y necesario arrancarle una protesta unánime contra aquel teórico del asesinato. El pueblo hubiera creído ó que se temía ó que se admiraba á Marat. Vergniaud disimuló su horror, y subió los escalones de la tribuna con la cabeza inclinada.

«Si hay alguna desgracia para un representante del pueblo,—dice con voz débil,—es sin duda la de verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre con tantos decretos de prision, que aún no ha purgado.» «De ello me vanaglorio»,—exclama Marat. «¿Son los decretos del despotismo?»—dice Chabot. «¿Son los decretos con que fué honrado por haber echado á Lafayette?»—dice Tallien. Vergniaud continuó con frialdad: «Es una desgracia verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre contra quien se ha pronunciado un *decreto de acusacion*, y que ha levantado su atrevida cabeza encima de las leyes; á un hombre, en fin, repugnante, por estar cubierto de calumnia, de hiel y de sangre...» Se oyen algunos murmullos contra las expresiones de Vergniaud, y Ducos dice: «Si hemos hecho el esfuerzo de oír á Marat, pido que se escuche á Vergniaud». Las tribunas patean y dan voces por Marat. El presidente se ve obligado á llamar á los espectadores al respeto hácia la Representacion nacional. Vergniaud lee la circular del ayuntamiento á los departamentos para incitar á que se imitasen los degüellos de las cárceles. Recuerda que la municipalidad, por conducto de Robespierre, denunció un complot tramado, segun él, por Ducos, Vergniaud, Brissot, Guadet, Lasource y Condorcet, y cuyo objeto era entregar Francia al duque de Brunswick. «Robespierre,—prosigue,—de quien hasta entónces nada habia yo dicho que no probase mi aprecio hácia él...» «¡Eso es falso!»—grita Sergent. «Como yo hablo sin encono,—prosiguió Vergniaud,—me felicito con una negativa que me probará que tambien Robespierre ha podido ser calumniado; pero es cierto que en este escrito se llaman los puñales sobre la Asamblea. ¿Qué diré de la invitacion formal que se hace en él al asesinato? El buen ciudadano tiende un velo sobre estos desórdenes parciales, y trata de hacer desaparecer cuanto le es posible las manchas que podrian ajar la historia de una revolucion tan memorable. Pero que hombres encargados por sus empleos de hablar al pueblo de sus deberes y hacer respetar la ley prediquen el asesinato y hagan su apología, es llegar á un grado

de perversidad que no se puede concebir sino en un tiempo en que toda especie de moral estuviese desterrada de la tierra.»

Boileau, amigo de los girondinos, sucede á Vergniaud, y lee á la Convencion algunas frases del periódico de Marat que incitan al degüello de los diputados. «¡Oh pueblo! ¡Nada esperes de esta Asamblea! Cincuenta años de anarquía te aguardan, y sólo saldrás de ella con un dictador, verdadero patriota y hombre de Estado.» Estallan gritos de furor contra Marat, y muchas voces piden que se le conduzca á la Abadía. Marat arrostra aquella tempestad con bravura. «Se piden decretos contra mí,—dice,—el pueblo los anonadó al enviarme aquí. De las sentencias que se alegan contra mí, me glorío y me envanezco con ellas; las merecí por haber quitado la máscara á los traidores y á los conspiradores. He vivido diez y ocho meses bajo la cuchilla de Lafayette. Si los subterráneos donde he habitado no me hubiesen ocultado á su furor, me hubiera hecho perecer, y el más celoso defensor del pueblo no existiria ya. Las líneas que se acaban de leer contra mí se han escrito hace diez dias, cuando yo estaba indignado al ver que se elegia para la Convencion esa faccion de la Gironda, que quiere proscribirme hoy.» El mismo lee una página de su diario de la mañana en que habla con más moderacion y decencia. «¿Lo veis?—añade.—¿De qué depende la vida de los más probados patriotas? Si por descuido de mi impresor no hubiese aparecido esta mañana en estas páginas mi justificacion, me hubiérais entregado á la cuchilla de los tiranos. Este furor, ¿es digno de hombres libres?... Pero yo nada temo en el mundo.» Al decir estas palabras saca del pecho una pistola, y aplicando la boca del cañon sobre su frente, dice: «Declaro que si se da contra mí el decreto de acusacion, me levanto la tapa de los sesos al pié de esta tribuna...» Despues, con voz más tierna y como agobiado por la ingratitud de sus enemigos, continúa: «¡Ved el fruto de tres años de encierro y angustias sufridas por salvar mi patria! ¡Ved el fruto de mis vigilias, de mis trabajos, de mi miseria, de mis sufrimientos y de mis proscripciones!... Pues bien, yo quedaré entre vosotros para arrostrar vuestro furor».

Apénas acaba de decir estas palabras, cuando una multitud de diputados, entre los que se distinguen Cambon, Goupilleau, Rebecqui y Barbaroux, se acercan á la tribuna con ademanes amenazadores. *¡A la guillotina, á la guillotina!* gritan por todas partes con furor. Marat cruza los brazos sobre el pecho y mira con ojo impassible á la sala, que temblaba bajo sus piés. Se ve en la impassibilidad de su exaltacion que se complace con el papel de mártir del pueblo, y que la tribuna es el pedestal en que quiere se le contemple como la víctima de la revolucion.

Le hacen retirar á fuerza de voces, y fuese por piedad ó por cansancio, la Asamblea olvida á Marat, vota la indivisibilidad de la república y se separa. Al dia siguiente Marat triunfó en su periódico de la debilidad de sus enemigos. «Dejo al lector—decia—que se entregue á sus reflexiones sobre la maldad de la faccion Guadet-Brissot. Me compadezco de algunos de sus acólitos, y los perdono, porque los han extraviado. En cuanto á los jefes, Condorcet, Brissot, Lasource y Vergniaud, les creo incapaces de arrepentirse, y los perseguiré hasta la muerte. Han jurado que yo pereceria el 25 de este mes por la cuchilla de la tiranía ó el puñal de los asesinos. Que lo sepan los amigos de la patria: si yo muero bajo los golpes del puñal de los asesinos, saben á quién deben atribuir el crimen y de quién se deben vengar.» Las tribunas de la Convencion, llenas de lo que habia de más